

## LA OVEJA OBE

La oveja Obe no era como las demás ovejas del rebaño. Ella tenía un sueño del que todas sus amigas se reían: Obe deseaba, más que ninguna otra cosa en el mundo, poder volar. Igual que lo hacían los pájaros.

La oveja Obe era blanca, sí. Pero era la única del redil que estaba cubierta de pintas negras. <<Igual que las vacas –se reía siempre Clarisa, que era la oveja con la lana más deslumbrante de todo el rebaño. También la más orgullosa y presumida>>.

Clarisa y el resto de ovejas jóvenes solían burlarse de ella cuando salían a pastar. Por eso, Obe prefería marcharse junto al gran precipicio del valle para estar sola. A menudo, le cantaban una canción que Clarisa había inventado y que explicaba que su padre fue un carnero, pero tan feo que se casó con una vaca, y que por eso Obe estaba cubierta de pintas negras. La canción decía así:

*La oveja Obe es la más fea.*

*Su padre era carnero*

*y su madre vaca seca.*

En realidad, la madre de Obe fue una oveja. Una oveja que todos adoraban. De pelaje blanco y muy bondadosa. Ella lo sabía por lo que le había contado

Jerónima, que era la oveja más anciana del grupo. La madre de Obe murió durante el parto y no llegó a conocerla. Siempre se entristecía al recordar aquella historia.

Con la llegada del mes de Marzo, Obe se puso muy contenta. La primavera era la estación del año que más le gustaba. Los pastos volvían a brotar. La pradera se ponía muy verde. Y el valle donde vivía era invadido por miles de flores de cientos de colores.

Pero la principal razón por la que le gustaba tanto la primavera, era porque también regresaban las bandadas de pájaros. Se pasaba horas y horas viendo planear a las golondrinas, asombrada de que pudieran volar casi sin mover las alas. Obe solía cerrar los ojos imaginando que se encontraba volando junto a ellas.

Una mañana de primavera, de cielo muy azul y sol muy amarillo, a la oveja Obe le sucedió algo sorprendente. Se encontraba pastando plácidamente cerca del río cuando, de repente, escuchó una vocecilla que pedía auxilio.

Obe trotó hasta un abeto cercano. Allí encontró una golondrina, negra como el carbón, que piaba con tristeza. Se había caído de su nido, en lo alto del abeto, y no podía subir de nuevo al árbol. Todavía era una golondrina demasiado joven para volar. Ni siquiera le habían crecido las alas.

Obe le preguntó si le podía ayudar. Sin embargo, el pajarillo estaba tan asustado que no le prestó atención y continuó lamentándose y llorando.

La madre de la golondrina también escuchó el llanto y rápidamente aterrizó junto a su polluelo.

-¡Qué alegría verte, mamá! –exclamó Pizpireta, que así era como se llamaba la pequeña golondrina, al ver aparecer a su madre.

-¿Qué te ha pasado, Pizpireta?

-Me asomé demasiado por el nido para ver si regresabas y me he caído  
-sollozó el polluelo.

-Te subiré de nuevo al nido, hija. Agárrate fuerte a mí.

Tras varios intentos, mamá golondrina comprendió que su hija era demasiado pesada para remontar el vuelo con ella a cuestas. Era imposible devolverla al nido, en lo alto del abeto.

-¿Puedo ayudarte, golondrina? –preguntó Obe.

-Aunque quisieras, no veo cómo una oveja podría ayudarme –contestó mamá golondrina descorazonada.

Obe le explicó su sueño por volar, y la admiración que sentía por las golondrinas. Aunque rápidamente se dio cuenta de que era imposible que una oveja pudiera trepar por el árbol hasta el nido.

Mamá golondrina empezó a llorar. Se avecinaba la noche y tenía que regresar al nido con el resto de sus polluelos. Temía que si dejaba sola a Pizpireta durante la noche podría caer en las fauces de alguno de los lobos del valle.

Entonces, Obe tuvo una idea. ¡Pizpireta podía dormir con ella en el redil! Ella cuidaría de la pequeña golondrina hasta que sus alas crecieran al final del verano y pudiera volar.

Mamá golondrina miró a Obe emocionada. Dijo que si de verdad le ayudaba a cuidar de su hija, ella encontraría el modo de hacer realidad su sueño de volar.

Pizpireta dio un salto hasta la espalda de Obe y se acomodó en la reconfortable lana. La joven golondrina también estaba de acuerdo en que la oveja cuidara de ella por un tiempo.

Mamá golondrina observó que Obe era una oveja buena y acordó que todas las tardes se verían allí mismo. Junto al río, a los pies del abeto.

A partir de aquel día, por la noche, cuando bajaban los lobos hasta el valle, Pizpireta se ocultaba entre la lana de Obe y dormían juntas en el redil. Luego, cuando el rebaño salía a pastar, la oveja se las arreglaba para acercarse hasta el nido de la golondrina. De esta forma, Pizpireta veía a mamá y a sus hermanos a menudo.

Los lluviosos atardeceres de primavera, fueron cediendo a los largos y calurosos días de verano. Durante este tiempo, Obe y Pizpireta se convirtieron en amigas inseparables. Al caer el sol, Pizpireta solía sumergirse entre la lana de Obe en busca de calor. Por el día, en cambio, la golondrina subía en el lomo de la oveja y disfrutaban corriendo por el valle. Como las dos soñaban con volar, jugaban a que iban viajando por el cielo hasta otros valles. A veces, se acercaban al gran precipicio del valle. Desde allí, les gustaba imaginar que volaban siguiendo el cauce del río hasta alcanzar el mar.

<<Qué bonito sería contemplar el mar desde el cielo –le repetía a menudo Obe a Pizpireta.>>

Las alas de Pizpireta fueron creciendo y haciéndose fuertes. Afortunadamente, la lana del lomo de Obe era el lugar perfecto para amortiguar sus aterrizajes. Pronto, pasó de ser capaz de dar saltitos hasta conseguir impulsarse desde el suelo hasta la espalda de Obe. Luego, pasó de planear con cierta torpeza a lograr mantener el vuelo unos cuantos segundos.

Durante los últimos días de verano, la golondrina y sus hermanas ya eran capaces de volar por encima de Obe mientras ella corría por las praderas del valle.

Lentamente, los días se hicieron más cortos y las hojas de los árboles empezaron a caerse. Faltaba poco para la llegada del otoño y las primeras

bandadas de pájaros fueron abandonando el valle. Se marchaban hacia el sur, en busca de tierras más cálidas.

Aunque Obe y Pizpireta se habían convertido en grandes amigas y estaban encantadas de vivir juntas, llegó el día en que se tenían que despedir. Pizpireta y sus hermanas ya estaban preparadas para volar y, junto a mamá, debían partir hacia el sur con el resto de la bandada.

Obe sabía que Pizpireta debía marcharse, pero le producía una gran tristeza tener que separarse de la golondrina. Nunca había tenido una amiga como ella.

Aquella tarde, cuando Obe y Pizpireta se reunieron con mamá golondrina, el cielo estaba nublado. Un fuerte viento recorría el valle.

Mamá golondrina estaba muy agradecida por lo bien que Obe había cuidado a Pizpireta. Y como sabía que soñaba con volar, le preguntó:

-¿Sigues deseando volar?

-Por supuesto -respondió Obe-. Todas las noches imagino que soy capaz de planear igual que una golondrina

-Bien. Entonces, acompáñanos.

Dicho esto, mamá golondrina, Pizpireta, sus hermanas y el resto de la bandada, echó a volar.

Aunque las golondrinas volaban rápido, Obe no tenía problemas para seguir las. Ella era capaz de correr muy deprisa y, además, el fuerte viento de aquel día le ayudaba a aumentar su velocidad.

Al rato, la oveja empezó a preocuparse, ya que avanzaban en dirección al gran precipicio del valle.

-¡No dejes de correr, Obe! -le gritó mamá golondrina-. ¡Cuando llegues al precipicio salta con todas tus fuerzas!

Al principio, Obe sintió miedo. Sin embargo, confiaba ciegamente en mamá golondrina. Por lo que reunió todas las fuerzas que le quedaban y, al llegar al borde del precipicio, saltó al vacío.

Para la sorpresa de Obe, una gran ráfaga de aire caliente surgió de pronto del fondo del precipicio y le impulsó hacia arriba. La corriente de aire caliente la arrastró junto a Pizpireta y el resto de golondrinas. Nadie conocía mejor que las golondrinas las corrientes de aire y sabían que mientras no se desviarán del aire caliente Obe podría seguir planeando sin temor.

La oveja no se lo podía creer. Estaba volando junto a una enorme bandada de golondrinas. Pero aquí no terminó su sorpresa. El viento soplaba con tanto ímpetu que le permitió seguir planeando río abajo junto a Pizpireta. Las dos sonrieron cuando alcanzaron el mar. Ni siquiera en sus sueños había imaginado que el mar visto desde el cielo fuera tan hermoso.

Al cabo de unos minutos inolvidables, se dirigieron de nuevo a las verdes praderas del valle. Allí, Obe consiguió aterrizar suavemente sobre la hierba.

A Obe se le cayó una lágrima al despedirse de Pizpireta y las otras golondrinas, pero le prometieron que regresarían en la próxima primavera. Aunque se sentía un poco apenada por que Pizpireta se había marchado, Obe había hecho su sueño realidad. Y eso, le producía una enorme satisfacción.